

## **Colectividad o Extinción: La exaltación de la libertad como reflejo de la secularización y la consecuente desacralización de la vida**

**Gabriel Fuentes Bartolini (Perú)**  
Universidad Antonio Ruiz de Montoya

### **RESUMEN**

Este artículo analiza la crisis medioambiental partiendo del desarraigamiento de la verdad del ser como su causal, revisando cómo la reflexión antigua y moderna ha tocado siempre el escenario clave donde yace la posibilidad de una solución: el conocimiento del alma humana y su interacción con el resto de fuerzas de las que depende. Confronta la incesante guerra, que configura la dirección de los estados y la diplomacia internacional, así como la tendencia individualista en la economía global, que inevitablemente crea patrones de producción y consumo enfocados solo en la reproducción del capital, que atentan hoy contra la vida misma, para concluir que en el pensamiento colectivo nace la única esperanza para salvaguardar la vida en la tierra.

**Palabras clave:** crisis medioambiental, colectivismo, consumismo, violencia, psyche.

### **ABSTRACT**

This article analyzes the environmental crisis starting off the dislocation from the truth of being as its cause, reviewing how ancient and modern thinking has always touched the key scenery where the possibility for a solution yields: the knowledge of the human soul and its interaction with the rest of the forces upon which it depends. It confronts the neverending war, which configures the direction of the states and international diplomacy, as well as the individualistic tendency in global economy, which inevitably lead to production and consumption patterns

focused only in the reproduction of capital, that threaten life itself today, to conclude that within collective though is born the only hope to safeguard life on planet earth.

**Keywords:** environmental crisis, collectivism, consumerism, violence, psyche.

## **La libertad humana como medio de intelección de la naturaleza física**

La existencia de los seres vivos ha significado siempre el aseguramiento de su supervivencia, las condiciones para salvaguardar la integridad individual se circunscriben a las necesarias para salvaguardar la integridad colectiva en todo organismo, así como a su íntima relación con el resto de elementos sobre la faz de la tierra; la naturaleza gregaria del ser humano lo ha forzado desde siempre a volcarse sobre la inescrutabilidad del alma humana en aras de la concordia y la paz, condiciones imprescindibles de toda sociedad saludable dado que agricultura, economía, organización política, y por lo tanto también, medicina, seguridad, productividad, devienen de la praxis social. La evidente unión de estos planos era ya insinuada por Sófocles incluso con una mayor estrechez en una de sus obras literarias, donde tierras infértiles, desgracia en los ganados, mujeres infértiles, propiamente una peste multidimensional que azota al pueblo se debe a un asesinato humano según el percibir de un oráculo. (Trad. en 2006, p. 2).

La supervivencia, en efecto, ha unido a los seres vivos desde tiempos inmemorables en un desarrollo recíproco donde la desatención del mundo vegetal implicaba la fatalidad del mundo animal; observemos cómo Hesiodo se esmeraba en dar a conocer no sólo las prácticas de agricultura necesarias para poder subsistir ante la implacable naturaleza sino las delicadas formas en que la psyche humana regía nuestra relación con ella: tal es el sentido simbólico del mito finalmente, al enmarcarlo gobernado por poderosas fuerzas divinas, es decir, trascendentes a la voluntad humana, *subyacentes* a su consciencia. Las narraciones acerca del enriquecimiento de David en el antiguo testamento, de la ascensión al poder de Muhammed en el Corán, de la actual reproducción de las enseñanzas de Buda, Lao tsé, Confucio o Jesús, sean discrepantes entre ellas o no, manifiestan contundentemente su objetivo mundano, configurando una retórica donde toda supuesta alusión metafísica no hace sino emprender una tarea epistémica (es decir, que sobrevenga al devenir) para la existencia, precisamente sirviéndose de palabras que brotaron al intelecto siendo por definición lo *más excelso*, lo *más fuerte*, lo *imperecedero*.

Esto es posible porque todo accionar desemboca inevitablemente con la *physis* del mundo (*dharma*, “eterno orden”, para la tradición védica), así como toda reflexión se vuelca sobre órganos, sangre y piel, y éstos sobre células y átomos; el advenimiento del ser humano a su propia consciencia por medio de sus emociones y pensamientos lleva milenios inspirando artes y ciencias que, finalmente, solo logran profundizar el conocimiento acerca del sujeto en cuestión, sujeto inscrito dentro de las características de su especie, como de su espacio-temporalidad. La relación del humano con el resto de animales y plantas configura una definición específica de lo que es la vida, la cual no se forja arbitrariamente a voluntad humana sino que se inspira en el reflejo de todos los actores vivos sobre la tierra y la materia no-viva, a pesar de que el brazo caprichoso de nuestra especie modifique o conciba al resto de especies u objetos a su antojo.

Solamente así puede explicarse la actualidad de textos que han sido preservados con esmero y devoto aprecio en nuestra memoria a lo largo de milenios, conservando a flor de piel coherencia de razonamientos y logros en sabiduría; creemos, en efecto, que su veracidad solo se esclarece a la luz de la ciencia moderna y sus instrumentos, y que, a pesar de las incontables, inconcebibles e insalvables fisuras que separan nuestro presente del pasado, si es posible entender textos tan antiguos e incluso aplicarlos a la contemporaneidad se debe a la perpetuidad del ácido desoxirribonucleico de nuestra especie en inevitable interacción con las leyes de la física (las que, acertadas o no según nuestra concepción actual, han mantenido una misma naturaleza, desconocida si se quiere, pero constante a lo largo de la edad del universo). Estos son los símbolos modernos de la metafísica y del legislar de las concepciones llamadas “*divinas*” a lo largo de las culturas de la antigüedad: Kronos, Gea, Démeter, Afrodita, Minerva, Diotima, Zeus, Dioniso, Wiracocha, Allah, Yahvé por mencionar algunos ejemplos, han sido concepciones que dan un nombre a corrientes que dirigen en silencio la consciencia e inconsciencia humana, así como la vida en la tierra, palabras antiguas y descontextualizadas que expresan poéticamente el *orden* que atestiguó el intelecto y reconfirmó la experiencia corporal, social y temporal; como diría Heidegger:

“Religión significa, como la palabra implica, una reconexión de poderes, fuerzas y leyes, que exceden la capacidad humana. Allí puede uno incluso hablar de una religión ateísta, como el Buddhismo, que no conoce un Dios, pero sin embargo, es una religión que contiene un lazo en sí misma. Yo por lo tanto diría que las personas como los comunistas por ejemplo, también tienen una religión: a saber, ellos creen en la ciencia. Ellos creen absolutamente en la ciencia moderna. Y esta creencia incondicional, esto es, la confianza en la seguridad de los resultados científicos, es una fe, y es, en un sentido, algo que va más allá de la persona individual, y por lo tanto es una religión. Yo diría que no hay persona sin religión.” (Archivo geopolítico, 2021, 8m43s).

La acción que permite nuestra libertad no es propiamente libre, como es evidente se limita a lo que permite el universo y el planeta, la naturaleza de nuestro cuerpo y la materia. Observemos cómo el ser humano ha incidido en la genética de otras especies animales y vegetales modificándolas para siempre, pero el carácter de su intervención guarda *modos* que deben ser respetados para salvaguardar la integridad y salud del ente manipulado: la manipulación genética en laboratorios y sus desastrosas consecuencias comparada con la domesticación de alimentos realizada por las culturas antiguas corrobora esta aserción. Por más que reine el desacuerdo en cuánto a cuáles son las condiciones del bienestar social o la naturaleza de la *physis*, y esta varíe nominalmente de sociedad en sociedad a lo largo del tiempo, como cambian también los paradigmas científicos, reinará siempre en toda trama social *la integración*, voluntaria o no, de conocimientos y experiencias, la cual tendrá la capacidad de corresponder el pasado con la cosmología actual o abandonar en el olvido las previas intelecciones; esta concepción será el producto final que tendrá que amoldarse a lo real y el pasar del tiempo, encontrándose desde un inicio circunscrita a ellos. Por más que fallemos en conjeturar las características de lo real, seguirá siendo el *logos*, con sus *supuestos e implicancias*, la luz que nos permitirá ponernos de acuerdo para poder atrapar el incesante devenir sensorial sea bajo la nomenclatura que sea, y el que finalmente servirá de brújula ante las olas del destino.

En este sentido, es el destino de la libertad hallar los fundamentos de todo postulado religioso, ya sea para corroborarlos o descartarlos, y

finalmente rearticular y reactualizar un nuevo *cosmos* latente que será corroborado o refutado por la *physis* a lo largo del tiempo. En toda enseñanza religiosa hay un profundo sentido práctico, y si en apariencia no es así, esto se debe únicamente a la diferencia de objetivos concebidos entre lo provechoso y pernicioso, a las diferentes aspiraciones de la acción humana y sus alcances; de no tener toda enseñanza y ejemplo una profunda practicidad terrenal, no estaríamos hablando sino de falsedades, de palabras no aplicables a la naturaleza de los entes, pues, a pesar de que el vacío y el sinsentido rondan la existencia mortal, la vida guardará siempre para el ser humano un vínculo estético que hará de su experiencia algo divino o infernal. La problemática, por lo tanto, siempre se ha hallado en función de detallar el *modus operandi* percibido, ella es la fuente de todo desacuerdo, y de quedar irresoluta amenazará siempre a la sociedad y a la vida proporcionalmente al poder que haya alcanzado el ser humano, raza que habrá doblegado por fuerza al resto de seres vivos, mas jamás a las fuerzas naturales de las que depende su existencia, antiguamente concebidas poéticamente *a través de los dioses*, y que hoy se pretende hacerlo a través de la técnica moderna; en ambos casos buscando verbalizar la demarcación entre lo real y lo falso, lo provechoso y lo pernicioso.

## **Dos pasiones transversales a la praxis social**

Partamos de la experiencia de la violencia para analizar los resultados que esta tiene en el alma humana, entendida como “suma de las funciones del cuerpo” (Lacan, 1974, p. 80), esta constriñe la totalidad de la personalidad propia del sujeto, afecta su voz, sentimientos, pasiones, sueños, objetivos, órganos, respiración, hábitos, llega incluso a crear traumas difícilmente reversibles. Esta se transmite de ser vivo a ser vivo en ecos tangibles por medio de actos, gestos o palabras, interconectando el interior de los seres entre sí, configurando cuerpos y psicologías. La violencia es perniciosa, como es sabido, no solo por atentar potencialmente contra la integridad y vida del sujeto, sino por también hacerlo contra los vínculos que mantienen la sociedad en armonía. Sin embargo, la violencia expresa el sentir profundo de la persona que la profiere, ratifique o no luego su actuar, siempre estará

inscrita esta praxis dentro de la *historia* que ha configurado al sujeto en todas sus aristas; los modos que tendrá esta de manifestarse, lo que la provoque, estará siempre íntimamente ligado a las vivencias de los actores en cuestión, y serán estas, finalmente, el puente hacia cualquier presuposición biológica, psicológica y hacia cualquier posible solución: el *eidos*, en efecto, solo puede manifestarse o inteligirse a partir de ejemplos concretos. En la génesis del psiquismo del individuo a partir de la memoria de sus vivencias a lo largo de su vida radica el hecho de que la violencia solo pueda aplacarse con el amor, más precisamente, la amorosa atención de las circunstancias concretas que devienen en violencia; y que haya siempre tenido nefastas consecuencias el querer reprimirla con mayor violencia, creándose una espiral que solo puede ser terminada por quien asuma digerirla dentro de sí mismo y ponerle fin. No buscamos necesariamente abogar por la aplicación universal de la consigna de “poner la otra mejilla”, pues respetamos también el honor del guerrero que opta por *luchar por la fuerza* en favor de la justicia bajo la prerrogativa de que todo tiene un contexto de aplicación determinado; sino más bien corroborar una realidad psicobiológica innegable para quien lleva siglos observando los giros de la tierra alrededor del sol, como dicta un proverbio supuestamente recogido de la tradición budista: *en toda batalla pierden vencedores y vencidos*.

De igual forma la experiencia sexual por la cantidad de terminaciones nerviosas involucradas afecta al sujeto intensamente, creándole ansiedades, apegos, éxtasis, inspiraciones, alegrías y tristezas, que en mayor o menor medida redefinen la subjetividad del individuo. El llevar las riendas de las pasiones, entregándose a la posesión de los impulsos, imponiendo el orden de la razón sobre ellos o reprimiéndolos consciente o inconscientemente, se cristalizan en lo real también únicamente a partir de *historias* concretas, donde individuos forjados por las voces de sus padres, como por sus genes y circunstancias optan por elegir una ruta entre muchas, cuyos resultados desembocarán en el hondo pozo que llamamos psiquismo. Gota a gota se va tallando lo que se conoce como personalidad o carácter, el análisis de sus características como de sus enfermedades dilucidan de nuevo un escenario donde el mal-trato demanda una enmienda y nos obliga, así mismo, a reconocer la somatización de las nociones de “bien” y “mal”; un *orden* ineludible que

constantemente se manifiesta en la psicología diaria del sujeto como de su vida onírica, guiando sus deseos, concepciones, miedos y costumbres. El inicio del psicoanálisis, como es sabido, parte de la observación de diversos casos de neurosis y psicosis, afecciones cuyo estudio solo reconfirma la profunda importancia de la índole de nuestra vida en sociedad y revela *fuerzas subyacentes* sobre las que nada nuestra *psyque* y se desarrolla aquello que concebimos como ser humano. Es notable cómo el misterio de nuestra corporalidad a lo largo del planeta siempre ha incorporado a sus costumbres cantos, oraciones, confesiones, reflexiones, en suma, palabras, para dilucidar e interactuar con lo real, y que modernamente la terapia psicoanalítica se sirva de nuevo de este instrumento para desmadejar las estructuras mentales del sujeto y curar síntomas psicósomáticos obsesivos que median entre su pensamiento y su corporalidad; en palabras de Lacan:

“El pensamiento es disarmónico en cuanto al alma. Y el *nous* griego es el mito de una anuencia del pensamiento al alma, de una anuencia que sería conforme al mundo, mundo (*umwelt*) cuya alma se considera responsable, cuando no es más que la fantasía en que se sostiene un pensamiento, “realidad” sin duda, pero a entender como mueca de lo real. [...] La cura es una demanda que parte de la voz del sufriente, de alguien que sufre de su cuerpo o de su pensamiento. Lo sorprendente es que haya respuesta, y que desde siempre la medicina, la medicina antigua, haya dado en el blanco por las palabras.”  
(Lacan, 1974, p. 89)

La constatación del abismo que es necesario salvar para acceder a lo real a través de la consciencia, así como de los causales de las afecciones psíquicas, insertos en el reino del sufrimiento y el amor, hijos del deseo, nos dilucida la íntima relación existente entre nuestra experiencia fenoménica y la naturaleza de nuestro accionar con aquella *búsqueda interior* que emprendieron las religiones pre-modernas. Una delicada contemplación se vuelve imprescindible para poder gobernar las fuerzas imperantes de nuestra naturaleza humana y, consecuentemente, de nuestro bienestar; no basta con reflexionar acerca de la razón de ser de los entes y su ontología, sino que hace falta una profunda vinculación sentimental con el entorno y nuestra corporalidad que, tras un

largo ejercicio, logre adquirir una mayor conexión con lo real y penetrar el *divino velo de maya*, demarcando sabiduría y apariencia, no porque sea una más real que la otra, pues ambas conviven y se compenetran, sino porque una es, en efecto, efímera apariencia, y la otra surge como ciencia que soporta el pasar del tiempo y por lo tanto representa la única forma de no revolvernarnos en el error.

### **Una respuesta cuya búsqueda ha sido olvidada**

La pregunta por el ser Heidegger nos advierte ha sido sellada dentro de la metafísica occidental al presuponerse la esencia del ser humano en conceptos no cuestionados, lo cual Nietzsche (1881) describe magistralmente afirmando que “Ahora, para llegar al conocimiento, hay que ir tropezando con palabras que se han hecho duras y eternas como las piedras, hasta el punto de que es más fácil que nos rompamos una pierna al tropezar con ellas que romper una de esas palabras.” (p. 64), se ha visto impedida de aflorar ante toda reflexión que no trascienda las preguntas por un ¿qué? y un ¿quién? dado que concibe nuestra esencia ya como un objeto. Esta honda denuncia de la inminente tragedia a la que se encaminaba la cosmología dominante geopolíticamente busca desesperadamente replantear el entendimiento moderno tanto del ser humano como de la naturaleza y de la materia no viva, evidenciando el desarrollo histórico del nihilismo contemporáneo, de cara a los inminentes peligros evidenciados por la potencialidad destructiva manifestada en la segunda guerra mundial y la crisis medioambiental:

“entonces la frase «la ‘substancia’ del hombre es la ex-sistencia» no dice sino que el modo en que el hombre se presenta al ser en su propia esencia es el extático estar dentro de la verdad del ser. [...]

Lo que ocurre es, más bien, que el hombre se encuentra «arrojado» por el ser mismo a la verdad del ser, a fin de que, ex-sistiendo de ese modo, preserve la verdad del ser para que lo ente aparezca en la luz del ser como eso ente que es. Si acaso y cómo aparece, si acaso y de qué modo el dios y los dioses, la historia y la naturaleza entran o no en el claro del ser, se presentan y se ausentan, eso es algo que no lo

decide el hombre. El advenimiento de lo ente reside en el destino del ser. Pero al hombre le queda abierta la pregunta de si encontrará lo destinal y adecuado a su esencia, aquello que responde a dicho destino. Pues, en efecto, de acuerdo con ese destino, lo que tiene que hacer el hombre en cuanto ex-sistente es guardar la verdad del ser. El hombre es el pastor del ser.” (Heidegger, 1947, p. 7-8)

Se reserva únicamente al hombre de letras el privilegio de observar el desarrollo de la historia y las ciencias desde una posición especial precisamente por su enfoque general, lo que lo inviste de una gran responsabilidad ante un escenario *invisible, infraestructural* de los fenómenos sociales. El reino de las “humanidades” reclama por todas partes su hegemonía al observador informado, por lo que resulta crítica la patencia de toda reflexión que verse acerca del *espíritu, de la psyche*.

La forzosa necesidad de explicitar y articular holísticamente estos principios y transferirlos a nuestra praxis social para no perdernos en el desentendimiento o la ineficiencia de la comunicación en este contexto globalizado nos remite a la noción de *ley*, cuya dimensión política tendrá que apoyarse sobre su expresión en las distintas ramas del conocimiento, y que la libertad se encargará de corroborar o descartar siempre bajo la observancia y dictamen de la *physis* del mundo que habitamos; finalmente, en esta condición radica la concepción de *unidad cosmológica* explicitada a lo largo de la reflexión humana; sea esta intrínsecamente humana como planteaba Kant o realmente propia del cosmos, la sociedad tiene la obligación de *hundirse en su ocaso* y apostar por sus certezas dada la apremiante necesidad de asociación para enfrentar contundentemente los retos del siglo XXI, a saber, la preservación de la vida en la tierra.

## **El nihilismo como motor económico y la crisis medioambiental**

Tras más de 20 años de advertencias con respecto a los efectos nefastos que nuestra praxis social imprimía al resto de seres vivos y a la relación de fuerzas que aseguran su subsistencia, debemos reconocer que no se ha emprendido ni un solo esfuerzo por remediar esta coyuntura a nivel estatal, la razón es muy simple: la frenética guerra

nunca se detuvo durante el periodo de guerra fría, y las naciones más poderosas aún se disputan la hegemonía militar del planeta tierra. Tras la creación de la Organización de Naciones Unidas no ha sido posible ejercer sus propósitos de paz y han estallado incesantes guerras, ya sea por métodos convencionales o no convencionales. El fenómeno del terrorismo ha sacudido el mundo, el cual refleja un rechazo total al orden establecido como la incapacidad de este de manejarlo, tanto las fuerzas de la ley como los llamados terroristas creen luchar por la defensa de la justicia, mas ninguno logra resolver los conflictos generadores de la violencia ni dispersar la violencia ya existente. Las guerras en Medio Oriente demuestran cómo la falta de eficiencia en reprimir los brotes de violencia solamente los acrecienta y fuerza a la creación de mártires en defensa de sus territorios. La proclamada *yihad* contra EE. UU. rememora las proclamas anti-imperialistas que conmocionaron y dirigieron el destino del continente latinoamericano; en modo alguno se pretende señalar culpables, sino más bien evidenciar que en ambos casos una incontrolable fuerza inconforme con el orden imperante no duda en movilizar a individuos a entregar su vida soñando que contribuyen a una futura resolución de lo que conciben como la causa de sus sufrimientos. La precariedad del diálogo para con los grupos terroristas solamente evidencia, lamentablemente, la *debilidad integral* de quien busca acabar con ellos; la política de “arrasar con todo”, utilizada también en el Perú de los años 80, evidencia que el estado debe degradarse a luchar de igual a igual con grupos marginales, y que los móviles que lo constituyen no son lo suficientemente fuertes como para movilizar a la sociedad civil a respaldarlo. Esta dura constatación solamente podrá ser honorablemente aceptada por aquel estado que entienda las exigentes condiciones de toda unidad nacional como la delicada destreza que requiere el estadista para mantener la concordia dentro de sus territorios, ya Hobbes declaraba en el siglo XVII:

“Pero existe otro dicho mucho más antiguo, en virtud del cual los hombres pueden aprender a leerse fielmente uno al otro si se toman la pena de hacerlo; es el *nosce te ipsum*, léete a ti mismo [...] nos enseña que por la semejanza de los pensamientos y de las pasiones de un hombre con los pensamientos y pasiones de otro, quien se mire a sí mismo y considere lo que hace cuando *piensa, opina, ra-*

zona, espera, teme, etc., y por qué razones, podrá leer y saber, por consiguiente, cuáles son los pensamientos y pasiones de los demás hombres en ocasiones parecidas. Me refiero a la similitud de aquellas pasiones que son las mismas en todos los hombres: *deseo, temor, esperanza, etc.*; no a la semejanza entre los *objetos* de las pasiones, que son las cosas *deseadas, temidas, esperadas, etc.* Respecto de éstas la constitución individual y la educación particular varían de tal modo y son tan fáciles de sustraer a nuestro conocimiento que los caracteres del corazón humano, borrosos y encubiertos, como están, por el disimulo, la falacia, la ficción y las erróneas doctrinas, resultan únicamente legibles para quien investiga los corazones. Y aunque, a veces, por las acciones de los hombres descubrimos sus designios, dejar de compararlos con nuestros propios anhelos y de advertir todas las circunstancias que pueden alterarlos, equivale a descifrar sin clave y exponerse al error, por exceso de confianza o de desconfianza, según que el individuo que lee sea un hombre bueno o malo. Aunque un hombre pueda leer a otro por sus acciones, de un modo perfecto, sólo puede hacer lo con sus circunstancias, que son muy pocos. Quien ha de gobernar una nación entera debe leer, en sí, mismo, no a este o aquel hombre, sino a la humanidad; cosa que resulta más difícil que aprender cualquier idioma o ciencia [...]” (Hobbes, Trad. en 2005, p. 4-5)

En efecto, continúa siendo la comprensión del corazón de los hombres el seno de los conflictos que aún impide a las naciones del mundo dirigir sus planes económicos exclusivamente hacia el bienestar de su población sin distraerse en la feroz competencia con sus pares, esta comprensión dilucidaría no solamente los medios para traer la paz dentro de la nación, sino para crear las condiciones políticas y económicas necesarias para establecer una verdadera diplomacia internacional donde las formalidades trasciendan la *forma* y se logre ejecutar lazos que soporten las mareas sociales. En modo alguno se pretende reducir la complejidad de tal empresa, especialmente considerando que tan poco tiempo ha transcurrido desde que fueron las relaciones de esclavitud y racismo las que rigieron la relación internacional y nacional, así como desde que se planteó como objetivo consolidar una política globalizada que respete la libre autodeterminación de las naciones y vele por su seguridad. Mas el encuentro de las naciones demanda su profunda comu-

nión de no querer dejarse llevar por la incontrolable guerra, y para esto es imprescindible que se reconozca la apremiante necesidad de superponer la paz y la vida sobre las razones que justifican la muerte, habiendo contemplado a lo largo de milenios de reflexión cómo afecta la violencia a individuos y sociedades.

La dirección económica internacional se encuentra, pues, determinada por la guerra y por esta presión va destinada maquinadamente hacia su extinción, hacia la *nada*; la gobernanza económica necesita tomar como prioridad el crecimiento indefinido para no ser absorbido por alguna otra potencia nacional. En menor escala, la falta de integración dentro del escenario nacional, como de proyectos de vida colectivos, desencadenan de igual modo una incontrolable competencia donde se fermenta la desconfianza y el aprovechamiento de otros. La producción de mercancías adquiere así un carácter desarraigado de las necesidades reales de la sociedad, pues propiamente no existe tal sociedad sino *formalmente* cuando los proyectos económicos y culturales de sus individuos no convergen entre sí simbióticamente.

Esta coyuntura requiere que traslademos nuestra atención no solamente al veneno que esparce la violencia si no la detenemos, sino, nuevamente, a la pregunta por el ser, cuya respuesta, explícita o no, determina tecnología, hábitos de consumo, relación con la naturaleza, tasas de natalidad, deseos y temores, en suma, toda acción del ser humano. Curiosamente vemos de nuevo hoy cómo la interrelación de lo que la antigüedad nombró dentro de su poesía y conocimiento “dioses” (que como se ha explicado ya, es una nomenclatura para la relación de fuerzas que trascienden la voluntad humana, que escapan de su control) provoca un panorama donde “La ciudad [...] se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflige la ciudad.” (Sófocles, trad. En 2006, pag. 2).

## **Una esperanza en lo colectivo**

Nuestra forma de vivir, como lo vienen gritando desde hace más de dos décadas los mejores exponentes de nuestra intelección de lo real

dentro del discurso científico moderno, fundado a partir de lo medible, necesita un cambio fundamental en caso queramos preservar aquello que llamamos vida; es necesaria una *transvaloración de todos los valores*, donde nuestra concepción de éxito, de sabiduría, bondad, maldad, alimentación, felicidad, tristeza, por dar algunos ejemplos, se vuelquen sobre el apremio de la colectividad inscrita dentro de su relación con animales, plantas, insectos, hongos y la materia no viva.

De no enmarcar nuestra praxis social y sus consecuentes *leyes de la casa* dentro de las demandas de estos factores que conocemos como crisis medio ambiental, de no explicitar la abismal subordinación de la *economía* a la *ecología*, podemos estar seguros de que la existencia contemporánea tuvo el miserable destino de perder las riendas de su destino y hundirse en la falsedad, en el *no-ser*, en el mar de sus fantasmas psicológicos; en efecto, seguimos viviendo una coyuntura donde *la visión del alma determina nuestra relación con los dioses*, donde nuestra complejidad psicológica es el puente hacia el agarre de lo real. En este sentido, creemos que las ramas del estado deben ampliarse y no limitarse, pues no puede dejarse tal responsabilidad ingenuamente a merced del libre albedrío de los individuos; no solamente requiere amplia coordinación el ejecutar planificada y orgánicamente las directrices que cumplan con las demandas de nuestro entorno, sino que en todo momento espacio-temporal se conformará un grupo de individuos con la capacidad, no solo de concertar los diversos actores de su sociedad, sino (y lo que es más difícil) de inteligir la verdad de la apariencia, y poder así ejecutar el sentir, como las demandas y necesidades del *demos*. La conformación de una verdadera aristocracia se nos presenta de este modo como una necesidad y como la consecuencia de una clase dirigente cuyo poder radique en el *amor* que le profese su sociedad, donde el uso de la fuerza se utilice para contener la violencia y disiparla con la inteligencia que nos une como seres humanos y no para crear un orden fundado en el temor, donde se dictamine políticas sociales y económicas para las grandes mayorías sin desarraigarlas de la *physis* que nos gobierna.

El sueño de un mundo sin clases sociales se enraíza en esta concepción de aristocracia, dado que el calificar como *los mejores* implica haber superado los caprichos del ego para poder contemplar el

fenómeno psíquico con libertad y la existencia con éxtasis, así como el estudio de nuestras ciencias, condiciones imprescindibles para preservar la seguridad y para corresponder toda ambición con el beneficio de la humanidad. Esta utopía, como la demanda de una verdadera clase aristocrática, se vuelve apremiante por la inminente necesidad de cambiar la naturaleza de nuestros modos de producción y consumo debido a la crisis medio ambiental: la explotación del hombre por el hombre es contradictoria con la necesidad de concertar internacionalmente un proyecto común que salvaguarde el planeta tierra como con la redefinición del organismo social que ello requiere. La asociación donde la prioridad sea la reproducción del capital partirá cualquier empresa sobre arenas movedizas, incluso si pretende dar solución a la coyuntura medio ambiental, pues tendrá el irremediable destino de no servir al bienestar del resto de seres vivos sino de encontrarse a merced de los compulsivos apetitos del cuerpo humano.

Creemos firmemente que la única solución a esta crisis inminente reside en la experiencia colectiva, la cual se funda en la naturaleza del ser humano. No creemos sea casualidad que una economía de mercado devenga en la profundización de un individualismo que ya ni soporta su propia consciencia. De igual forma encontramos en el pasado colonial, recordando aquel pasado desde que los romanos optaron por salir a conquistar otras tierras y sus sociedades con el fin de esclavizarlas en vez de trabajar sus propias tierras, similitudes con los causales que hoy destruyen el medio ambiente y refortalecen la arrogancia que atenta contra la vida misma viviendo ahogada como narciso en el fetichismo del lujo.

En todo el mundo, sea en los países donde la historia de guerras favoreció con riquezas o pobreza, se amontona el sufrimiento de aquellos que caminaron por él, ese mismo que forjó los textos antiguos que con clarividente inspiración articularon un *orden* que demarcaba verdad y falsedad, ese mismo que cristalizó hombres y mujeres donde la sabiduría relució desde y hacia el bien común, ese mismo que obligó a la sociedad a mutar lejos de la indiferencia frente al esclavismo, la tortura y el racismo, fenómenos que lamentablemente aún pueden presenciarse reformulados, pero que, podemos felizmente reconocerlo, tras la entrega y esfuerzos de muchos seres humanos no gobiernan la sociedad en la misma extensión

que antes; ese sufrimiento se agolpa ante quienes se encuentran al frente de las decisiones macroeconómicas mundiales, frente a la crianza que padres y educadores transmiten a las nuevas generaciones de seres humanos, haciéndose cada vez más patentes las ideas clave que pensadores a lo largo de los milenios de existencia que llevamos registrando se han preocupado por obsequiar, esperando contribuir con su ejemplo a la naturaleza del futuro, a la pregunta por el ser.

De igual forma, el resto de nuestras emociones y sentidos enrumban la obligación que nos plantea la crisis medio ambiental, ellos son finalmente el fundamento de nuestras diferentes ciencias; la demanda por la colectividad expresa la necesidad de rearticular la praxis social que contemplamos en nuestras ciudades, donde el empoderamiento del individuo desemboque en una mayor interconexión de sus facultades como actor de la sociedad civil, donde se desburocratice la política para poder finalmente devolverle la importancia que le corresponde. La urgencia por la colectividad constituye un llamado a la difusión e institucionalización de fiestas y ceremonias que celebren la vida por medio de símbolos donde la sociedad vea reflejada, integralmente, *todo versar* y *todo conocer*; donde pueda trascenderse finalmente la especialización de todas las áreas del conocimiento para lograr un discurso que pueda soportar el desarrollo saludable de una sociedad. Solamente de esta forma podrá ejercerse la educación necesaria para concientizar al *demos* sobre lo que, dentro del sistema educativo contemporáneo, solo unos cuantos especialistas tienen a su disposición; pudiendo, de este modo, revolucionar la praxis social reinsertándola dentro de lo real, dentro del *reino de dios* si se quiere. Hecho únicamente posible gracias a la *gratuidad de aquél* que reside en el seno de toda existencia humana.

## REFERENCIAS

Archivo geopolítico. (25 de octubre del 2021). *Martin Heidegger interview with a monk (english subtitles)*. Youtube. Martin Heidegger Interview with a Monk (English Subtitles)

Heidegger, M. (2000). *Carta sobre el humanismo*. (Trad. Helena Cortés y Arturo Leyte). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado 1947). Recuperado el 25 de octubre del 2021 de <https://www.ucm.es/data/cont/docs/241-2014-06-16-Carta%20sobre%20el%20humanismo.pdf>

Hobbes, T. (2005). *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. (Trad. no mencionado). Fondo de cultura económica. (Trabajo original publicado 1651). Recuperado el 25 de octubre del 2021 de <https://filosofiapolitica3unam.files.wordpress.com/2015/08/hobbes-thomas-leviatan-fce-completo.pdf>

Lacan, J. (1993). *Televisión*. (Trad. Oscar Masotta y Orlando Gimeño-Grendi). Editorial Anagrama. (Trabajo original publicado 1974) Recuperado el 25 de octubre del 2021 de <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Lacan-Jacques-Psicoanalisis-Radiofonia-Television.pdf>

Nietzsche, F. (1881). *Aurora, reflexiones sobre los prejuicios morales*. M. E. Editores, S. L. Recuperado el 25 de octubre del 2021 de <https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbmNxc2ljY3NwaWNhfGd4OjUzZWY4MjM3NjllZjI1M2Q>

Sófocles (2006). *Edipo Rey* (Trad. No especificado). Editorial del cardo. (Trabajo original publicado 429 a. C.) Recuperado el 25 de octubre del 2021 de <https://biblioteca.org.ar/libros/133636.pdf>